

Fredo Dineda
V238(6) Cortés, Juan Francisco 6
6

RECUERDOS

DEL SR. ARZOBISPO DE BOGOTÁ

Dr. Manuel José Mosquera i Arboleda.

Se alza del polvo su querida sombra,
Se alza i me nombra con doliente queja:

« Tu voz me deja sin tributo? dice,

« Ay infelice! »

—No, dulce amigo, que mortal, profunda
Pena me inunda con amargo llanto.

.....
LUIS VARGAS TEJADA.

I.

EL CONVITE.

El 10 de Octubre de 1835, ochenta personas se hallaban reunidas en un gran salon de recibo. Sonaba en los corredores una orquesta estrepitosa: de repente oyóse el ruido de un coche que paraba a la puerta de la casa. Hubo un momento de silencio... i a poco se presentaron en el salon el Doctor Manuel Fernández Saavedra, el Señor Igna-

cio Morales Gutiérrez i sus dos hijos Ignacio i Francisco. En medio de aquel grupo apareció delante de mis ojos, por la vez primera, el Arzobispo de Bogotá. Hizo con desembarazo una cortesía a los circunstantes, i pasó garbosamente a sentarse debajo del dosel que se le habia preparado.

Estaba el Arzobispo en la fuerza de la edad, robusto por demas: tenia treinta i cinco años no cumplidos. Su frente espaciosa de notable blancura, su semblante sonrosado, sus ojos negros que chispeaban de vivacidad, su barba azul recién afeitada i su cabeza poblada de cabellos negros i relucientes como el azabache, atraían i fijaban las miradas de todos. Era de estatura regular, bien proporcionado; i su modo de accionar, su prontitud en responder, sujetos, su mirada, el acento de su voz, lo arrugado de las cejas, manifestaban la intelijencia del hombre de mérito que venia a ocupar la Sede Vacante.

El Jeneral Santander, hábil cortesano, se acercó a besar el anillo al nuevo Arzobispo, i empezaron a conversar en voz baja. A su ejemplo, los convidados volvieron a anudar las pláticas interrumpidas, i se derramó por la sala el murmullo de las conversaciones. Pasados unos momentos, avisaron los criados que la sopa estaba servida.

El Señor Morales era fastuoso en sus convites, pero el que dió en aquella ocasion sobrepujó a los demas por la categoría del Mecénas a quien iba dirigido. Una gran vajilla de plata, primorosos ramilletes, copas que rebozaban el Champaña, el Oporto, el Jerez, pavos, jamones, pescados extranjeros, pastas deliciosas, frutas gustosísimas; cuanto ofrecia el pais, en mucha abundancia, preparado con esquisito gusto i sin reparar en gastos, todo se puso en aquella mesa, todo se presentó en aquel convite que la jenerosidad bogotana ofrecia al distinguido hijo de Popayan que acababa de llegar. Se entonaban canciones en loor del Arzobispo durante la comida; i la alegría, la sinceridad de los afectos brillaban en todos los rostros, cual se manifestaban en todos los discursos.

El Señor Saavedra tomó la palabra i dijo:
« El don que la divina Providencia nos ha
» hecho, concediéndonos un Prelado de cua-
» lidades recomendables en todo jénero, es
» ciertamente inestimable. Su virtud, su ilus-
» tracion, su patriotismo, su edad misma:
» todo interesa, todo anuncia los mas gran-
» des bienes a la Iglesia i al Estado. Yo veo
» en su mui ilustre persona el sosten de la
» Iglesia, el vigor de la disciplina, el mo-
» delo del clero, el restaurador de la obser-

„ vancia regular, el nervio de la moral,
„ el amigo de la educacion, el pastor i pa-
„ dre de su pueblo, que mejorando las cos-
„ tumbres afianzará por su parte el orden
„ público, sin el cual es imposible que sub-
„ sista la verdadera libertad. ¡Qué pers-
„ pectiva esta tan interesante, Señores, a
„ Popayan, a Bogotá i a toda la nacion!
„ Hoi adquiere su pais natal un nuevo tim-
„ bre, pues en un solo hijo que nos da, con-
„ tribuye tan poderosamente a la felicidad de
„ la Iglesia i del Estado: la nacion se felici-
„ ta a sí misma por una eleccion tan acerta-
„ da, i Bogotá le coloca con indecible entu-
„ siasmo en el gran cuadro de tantos hombres
„ prominentes que forman su gloria. Brindo
„ pues, Señores, en honor de la patria que le
„ dió el ser, de la nacion que le elijió i de
„ Bogotá que tiene la inmensa dicha de po-
„ seerle.” (*)

Los bríndis eran interrumpidos por los vivas de los convidados, o por el coro de la orquesta que repetia:

„ ¡Que bendiga el Supremo Hacedor
„ Tus fatigas, ilustre Prelado!

(*) Copiado literalmente de un impreso en que se dió razon de aquel convite.

“ ¡ que imite la grei el dechado
De virtud que le dé su Pastor ! ”

La alegría de aquella fiesta pudiera compararse mui bien a la de la mañana, cuando asoma el sol por el oriente, i todas las aveci-llas lo saludan con sus conciertos. Era que el sol del Arzobispado alzaba entónces su ra-diosa frente! Pero ¡oh vanidad i miseria de las cosas humanas! La opulenta familia que daba aquel festin jime hoí en la desgracia i en el ingrato abandono de sus amigos, la mayor parte de los convidados duerme en el polvo i en el olvido, i el hombre a quien tantos honores se prodigaban, ha reclinado su venerable cabeza en el seno de la hospi-talidad extranjera.

II.

UBAQUE.

El Arzobispo escribía de Paris, con fe-cha de noviembre último, a uno de sus ami-gos de Bogotá: “ Ay! ¡quién estuviera en Ubaque! No puedo olvidar, aquí en el cen-tro de la civilizacion européa, los dias apa-cibles que gocé allá, en union de Usted i de otros buenos amigos ! ”

Vamos a pintar, si podemos, la tempo-

rada de felicidad que disfrutó en Ubaque el Señor Arzobispo buscando su salud, i a la cual aludia en su carta de Paris.

Ubaque es una aldéa que demora al oriente de Bogotá, en uno de los senos de la cordillera. Una pobre iglesia se levanta en medio de varias casas de paja, agrupadas unas en contorno del viejo edificio, esparcidas otras por las colinas, por los altos cerros, a la vera del camino, o a la márjen del rio, que se precipita con fragor desde las alturas de Cruz-Verde, i va a mezclar sus aguas con las de Rio Negro. Cuando las sementeras están en leche, cuando los maizales se encorban al soplo del viento, aquel terreno tan desigual i pintoresco por su variedad, se corona de verdura, i presenta la mas grata perspectiva. Una temperatura benigna, pocos i buenos habitantes, es cuanto encuentra el viajero asi que ha llegado; ántes de llegar, el peor de los caminos imaginables. El cerro del Cacique como una gran cortina de terciopelo se ostenta por un lado, por otro el vistoso panorama del distrito de Fómeque, cubierto de labranzas de anis i de caña de azúcar; encima un cielo mui alegre, al rededor mantos de rica vegetacion, a lo léjos los montes azules, coronados frecuentemente de ligeras nubes que se descarmenan i se tiñen de variados colores.

El humo de la choza, la vaca i el perro del pastor animan aquellas rústicas escenas.

Aunque el Señor Arzobispo se quejaba algunas veces del hígado, gozaba en Ubaque de paz, de tranquilidad i de alguna robustez. Se levantaba a las seis de la mañana, o un poco ántes, i salia al corredor a rezar las horas canónicas, oyendo el gorjeo de los pajarillos, i respirando el gratisimo olor de los azahares i de los chirimoyos en flor. A las siete iba a la iglesia a decir misa, o celebraba en la misma pieza que le servia de comedor i de sala de recibo. Almorzaba a las nueve, al uso de Popayan, añadiendo un poco de café. En seguida trabajaba dos o tres horas; i así que dejaba todo su despacho al corriente, tomaba su sombrero enfundado, una larga caña, i salia a buscarme, si aun no me habia presentado. Usaba allí un leviton de paño morado que le sentaba mui bien, al cuello una cadena de oro, i pendiente de ella el pectoral, gorro de seda color de violeta en la cabeza, i por calzado unas grandes botas de montar. Ibamos al rio, al pozo de la Nútria, i allí recordaba el Señor Arzobispo que habia sido excelente nadador en su tiempo, i se zabullia, nadaba i jugaba con las aguas, cual pudiera hacerlo un jóven de quince años. De vuelta a la casa cojia el Breviario, i despues un

volúmen de las obras de Bossuet, u otro libro de ciencias eclesiásticas, i se recostaba por un momento. Comia entre las dos i las tres de la tarde: su mesa era frugal, pero mui bien servida. El Arzobispo se entretenia con sus familiares hablándoles de su pais nativo, o de Quito, o de Guayaquil, o de los primeros años de su gobierno pastoral. Volvia a rezar, i a las cuatro nos poniamos en marcha, unas veces a pié, otras a caballo. El Señor Arzobispo era todo un jinete, i gustaba de prolongar el paseo hasta la Laguna de Ubaque, o hasta uno de los pueblos circunvecinos. Paréceme que lo estoi viendo en este momento con sus zamarros negros, a usanza sabanera, montado en su fogoso castaño, dirijiéndolo con garbo i con maestría por entre aquellos precipicios, a tiempo que conversaba alegremente con los que lo acompañaban. Por las noches jugaba una partida de *fusilico* con su hermano el Señor Don Joaquin, con el Cura del lugar i con el que escribe estos recuerdos, que tenia el honor de hacerles cuarto. Dicen que en el juego i en la mesa se conoce a los caballeros: cierto! Otras noches pasábamos, despues de refrescar, a la casa de un respetable bogotano, que se hallaba de paseo en Ubaque con su familia. Allí se improvisaban comedias

caseras para divertir al Arzobispo; i la gracia de los actores, lo rústico de la escena, lo selecto de la reunion, la música, el canto, la claridad de la luna, lo apacible del aire, hacian volar esas horas pacíficas entre la alegría i la confianza, horas que por desgracia no volverán ya mas. Así pasaba un dia, así se pasó una temporada de mas de dos meses, en setiembre i octubre de 1851; así se pasaron muchos dias consagrados a la verdadera fraternidad. Por eso aquel recuerdo endulzaba las horas de soledad i abandono, cuando se hallaba el Señor Mosquera en medio de Paris, abrumado con el peso de tantas dolencias, i quebrantado el corazon con el de tantas desdichas. Semejante a René, de quien dice Châteaubriand, que vagaba solitario en medio de las populosas ciudades, como si se encontrara en un desierto de hombres.

III

OYE USTED ESE LLANTO ?

Al escribir estas páginas no pretendo exacerbar las pasiones políticas. Bastante lo están de suyo: no necesitan que menguados escritores apliquen una chispa á los combustibles, amontonados hace tiempo, ni que so-

plen la llama para que, avivada por los huracanes del fanatismo i de la demagójjia, crezca el incendio, i se propague i devore cuanto encuentre al paso, reduciendo a escombros i a cenizas esta malhadada república. No; escribo apénas unos recuerdos, en la amargura del alma, i con una pluma de amigo.

El 18 de mayo de 1852 se supo en Bogotá que el Señor Arzobispo habia de salir del territorio granadino, i sus numerosos amigos se apresuraron á ofrecerle sus servicios: cosa puesta en razon. Pero no solo los amigos se mostraron fieles á la desgracia i se compadecieron del infortunio. Un extranjero (*) cuyo nombre dijo el Señor Arzobispo que no podia descubrir, le escribió esa misma tarde, diciéndole que tenia el mayor gusto en ofrecerle los fondos que quisiera para su viaje, i que le daría tambien letras para sus corresponsales de Lóndres i de Nueva York, por las sumas que necesitara. La misma generosa oferta le hizo el Señor Nicanor Gálvis, del comercio de esta ciudad, no obstante que entre él i el Señor Arzobispo no mediasen relaciones de amistad. A ambos contestó agradecido, manifestándoles que esperaba la llegada de su hermano Manuel Maria,

(*) Tal vez el Señor Patricio Wilson?

quien debía facilitarle los recursos indispensables para su viaje.

Entonces fué cuando el pueblo de Bogotá mostró toda su ternura. El pobre pueblo nada tenia que dar al Arzobispo; pero invadió el palacio i llegó á ofrecerle sus lágrimas; i se oían en los corredores, en las escaleras, en el patio, en la calle, el llanto i los jemidos de la muchedumbre; las madres lloraban levantando en alto sus niños de pecho, los niños lloraban mas i mas, i las mujeres gritaban i decian: "que salga el Señor Arzobispo para que nos bendiga, i para que bendiga a nuestros hijos por última vez!" Llegué en esos momentos i fuí introducido. El Señor Arzobispo se habia encerrado: estaba mui conmovido. Despues de haber hablado unas pocas palabras, entró á su escritorio, i dió un gran jemido, como cuando una persona se desmaya. Acudí precipitadamente diciendo: Qué es, Illmo. Señor! El Arzobispo se habia recostado en una silla, tenia el pañuelo en los ojos, i sin responder, me apretaba la mano i se deshacia en llanto. Cuando al fin pudo respirar me dijo: amigo! amigo! esto no se puede sufrir..... "oye Usted ese llanto?"

Por cierto que aquella escena desgarraba las entrañas: cuando las lágrimas del pue-

blo corrian á torrentes, manifestando la ternura i el amor que profesaba al Señor Mosquera; las lágrimas del Arzobispo en aquella tarde horrenda i maldecida caían como gotas de plomo en el fondo de mi corazon. Esas lágrimas eran una queja, i una reconven-
cion; bien que ni entónces, ni jamás, se desplegaron sus labios para decir ni una palabra siquiera, contra la mano que le señalaba el camino del destierro. Esas lágrimas eran las de la despedida; esas lágrimas eran las del último adios; esas lágrimas eran de las que recojen en silencio los ánjeles del cielo en una copa de oro, cuando agoniza una víctima inocente, para presentarlas ante el trono del SANTO DE LOS SANTOS, en espacion de los pecados del pueblo.

IV.

LA PARTIDA.

El dia 20 de junio fué el de la partida del Señor Arzobispo. En la víspera se habia hecho trasladar, en silla de manos, á la casa del Señor Mariano Calvo, sita en la Huerta de Jaime, que llaman ahora *Plazuela de los Mártires*. El Doctor Cuervo, compadre del Señor Arzobispo, quiso que nadie supiera su partida, ni aun sus íntimos amigos,

porque decía que, reunido el pueblo en crecido número, podía conmoverse con aquel espectáculo i pasar de la ternura a la exaltación, i de esta a algun arrojito temerario.

Un carruaje descubierto por delante, i tirado por dos fuertes caballos, arrancó a la carrera a las ocho de la mañana de ese triste día. Al desembocar en la plazuela de San Victorino, monté en un caballo que tenia preparado, i seguí al galope delante del carruaje. Mas allá de Puente Aranda hubo que hacer una corta parada, a causa de un mal paso que presentaba el camino, i allí tube ocasion de saludar al Señor Arzobispo que iba moribundo. “Siempre me figuré que Usted seria de los nuestros,” me dijo.—A la prueba me remito, Illmo. Señor, le contesté. El Doctor Cuervo lo acompañaba en el carruaje, el Señor Calvo manejaba las riendas i el látigo para dirigir los caballos. Así seguimos cuatro personas hasta el Arenal, en donde se nos reunieron el Señor Cayo Arjona, dos hijos del Señor Calvo, el Doctor Venancio Restrepo, el Señor Cura de la Catedral, i no sé quienes mas: lo cierto es que llegamos á Fontibon once personas por todo acompañamiento. Fué preciso dar un respiro al enfermo, el cual bajó, apoyándose en mi brazo, á la casa del difunto Jil. Allí se le dió

una infusion aromática con unas gotas de éther, recetada por su médico el Doctor Jorge Vargas que acababa de llegar; recobróse un tanto, i dijo: que hacia diez i siete años que habia llegado a esa misma casa, viniendo de Popayan: citó con la última puntualidad las fechas, i refirió varios incidentes conexionados con aquella época feliz. Todo eso lo decia con una calma, con una serenidad, con una entereza, como si el ménos advertido de los que oían sus palabras pudiera escusarse de notar el contraste que presentaba el dia de su llegada con el de su salida de la capital. No pudiendo resistir la dolorosa impresion que todo eso me causaba, salí al corredor, i sin despedirme de nádie monté precipitadamente á caballo, i volví a la ciudad lleno de sentimiento; pues leal el corazon me avisaba que aquella era la última vez que veía á un hombre tan distinguido, que me habia honrado con su amistad i con su confianza hacia muchos años.

Asi salió de Bogotá ese cumplido caballero, ese ilustre prelado!.....

Cuando emprendimos la marcha brillaba el sol, como en los alegres dias de navidad; cuando regresé solo, Monserrate i Guadalupe estaban cubiertos de nubes, el horizonte oscuro i melancólico, i la jente que en-

contraba al paso triste i silenciosa. Mas triste estaba mi corazon; en términos que al ver a mi madre, recuerdo que le dije llorando: “Ya lo hemos perdido, Señora! i no lo volveremos á ver!”

V.

EN ALTA MAR.

Los amigos del Señor Arzobispo lo seguian con el pensamiento, informándose continuamente del estado de su salud i del lugar en que se encontraba. La venida del paquete, la llegada del correo cobraron toda la importancia que sabe dar el corazon a las noticias que vivamente le interesan. ¡Qué angustia sintieron al saber que el Señor Mosquera habia partido de Villeta! ¡Qué amargura al leer su despedida, escrita en Nare, última parroquia de la arquidiócesis! Qué agradecimiento a los buenos cartajeneros por los honores que le tributaron!

Llegó el dia de embarcarse....El pueblo de Cartajena salió llorando a recibir la bendicion del jefe de la Iglesia neogranadina. Las costas de la patria coronadas de las verdes palmeras que no volveria a ver mas, se fueron alejando poco a poco de sus ojos, i se perdieron al fin en la inmensidad del ho-

rizonte; en tanto que el Arzobispo con las manos levantadas al cielo oraba por su grei en la soledad de los mares, cual lo habia hecho tantas veces en la basílica del arzobispado.

De Cartajena siguió a Santómas el buque que lo conducia, i, despues de haber estado en aquella isla seis dias, dirijió su rumbo a Nueva York. El tiempo de la prueba no habia pasado. La mano del dolor se estendia sobre el proscrito, i pesaba sobre su corazon.

Una noche, durante aquella travesía, el cielo se puso oscuro: a intervalos, grandes relámpagos hacian brillar las estendidas olas, i volvía a reinar despues la misma oscuridad i un medroso silencio. Ah! el hombre, tan débil de suyo i tan pequeño, parece anonadado cuando se ve en medio de los mares sobre una frágil tabla! A todo esto agonizaba a bordo un sacerdote cristiano, a cuya cabecera velaba el Arzobispo. Se oía el quejido del moribundo i el melancólico ruido de las olas que azotaban los costados del buque. No se oía otra cosa... De cuando en cuando la solemne voz del Señor Arzobispo, que se inclinaba sobre el agonizante i repetía: "Sal, alma cristiana, de este mundo, i vé a unirte con tu Hacedor!" Larga fué la lucha, terri-

ble la agonía! De repente el Arzobispo se arrodiló cruzando los brazos sobre el pecho, i exclamó: "Recíbelo, Señor, entre tus santos, tú que eres piadoso!"

El presbítero Lizarralde (a) acababa de espirar.

La noche habia pasado en la lucha de la vida del jóven sacerdote con la muerte, i una vaga claridad comenzó a anunciar la venida del dia; de modo que los funerales empezaron con la luz indecisa del crepúsculo.

Cuatro marineros tomaron el cadáver i lo envolvieron en una vela vieja, despedazada por los huracanes i por las tempestades del mar de las Antillas: a los pies le amarraron un fuerte cable i una bala de a 36, i lo subieron a la cubierta para arrojarlo al abismo. ¡Qué pobre mortaja para tan magnífico sepulcro, por encima del cual *echa el mar sus olas i el tiempo sus años!* (b)

Por dos veces hicieron los marineros el amago de botarlo a las aguas; dos veces se retrajeron de hacerlo, balanceándose el cadáver en el aire: a la tercera lo botaron en efecto. Las ondas se estremecieron, se abrieron i volvieron a cerrarse: el cadáver bajó a lo profundo.

(a) Secretario del Arzobispo.

(b) Palabras de J. E. Caro.

El buque se hallaba a la altura de la isla de Jamaica.

El Señor Arzobispo, teniéndose de la cubierta del buque, vió aquellos tristes funerales, i los presidió rezando el Oficio de los difuntos.

VI.

CONCLUSION.

¡ Bella será, por cierto, la tarea del biógrafo que nos presente el cuadro acabado de una persona tan completa, de una vida tan hermosa! ¡ Bella será la pintura de la niñez del Señor Mosquera, pasada en la inocencia del hogar doméstico, perfumado con el grato olor de las virtudes; de su juventud consagrada a la piedad i al estudio; i de su edad madura gastada trabajando incansablemente en la ardua mision que el cielo le habia confiado, sin que lo arredrasen las fatigas del episcopado, ni lo asombrara nunca lo horroroso de la época que iba atravesando, con el báculo pastoral en la mano i fijos los ojos en el cielo.

¡ Qué agradable será contemplar esa vida de jóven i de hombre; conocer el curso de sus estudios i de sus viajes; saber por qué caminos llegó el Arzobispo a ser varon tan

eminente; cuáles eran las fuentes en que bebía las aguas inspiradoras de la elocuencia; con quién aprendió esa cortesanía tan esmerada; cómo fué que habiendo venido muy joven a sentarse en la silla arzobispal, desenredaba con acierto la madeja de los negocios ostentando la dignidad i la prudencia que solo vienen con los años; cómo alcanzó a dominar las ardientes pasiones que bullían en su corazón; cómo supo llenar su alto ministerio i ser, a un mismo tiempo, hábil político, correcto escritor, orador elocuente i obispo católico que fomentaba los buenos estudios, visitaba su diócesis, imprimía libros, escribía pastorales, improvisaba discursos, redactaba periódicos, mantenía activa correspondencia con varias notabilidades, i era respetado de sus enemigos, querido de su familia i de su grei, amado del Pontífice, i conocido no solo en este continente, sino en la misma Europa! ¡Qué bello será meditar en esas páginas, i ver allí su retrato moral, las bellas fácciones de su espíritu i de su corazón, con el colorido propio i a la suave luz de una prudente imparcialidad! Verlo cuando abrazaba i consolaba a los moribundos virolentos, durante la epidemia; cuando propagaba los buenos estudios i era el alma del Seminario Conciliar; cuando se arrodillaba

para que le leyera el empleado civil la notificación de su destierro; cuando recibía agradecido el anillo que le presentaban el clero i fieles de la iglesia de Nueva Yorck (c); cuando respondía agradecido à los elogios que le prodigaba el Arzobispo de Chile á nombre de su clero i de los mas distinguidos ciudadanos de aquella República; cuando se inclinaban respetuosos delante de su persona los Obispos que conducian en procesion las reliquias de una Santa; cuando, próximo a dejar este valle de lágrimas i miserias, oía lleno de humildad i de asombro la aprobacion que bajaba sobre su conducta desde las alturas del Vaticano; cuando, por último, agoviado de mortal dolencia, apretaba contra su pecho el crucifijo, i exclamaba: “léjos, léjos de mí gloriarme en otra cosa que no sea la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo!”

Pero el telon ha caido: el drama ha terminado, i aunque salen los espectadores con los ojos bañados de llanto, no por eso es ménos cierto que del Arzobispo no ha quedado otra cosa sino la memoria.....
¡Triste condicion de las cosas humanas! To-

(c) El anillo tenia esta leyenda: EMMANUELI JOSEPHO FIDEI CONFESSORI—NEO-EBORACI, IDIBUS MARTII, 1855.

das ellas percederas! Sin embargo, ¡quién dejará de conmoverse, reflexionando en la pérdida que hemos hecho, al saber que ni la belleza del ingenio, ni la edad del Señor Arzobispo, que no era avanzada, ni su instrucción, ni su conducta ejemplar, ni sus fatigas apostólicas, ni su heroica constancia, ni haber sufrido con tanta mansedumbre los dolores del cuerpo i los del espíritu, ni su iglesia viuda, ni su grei en horfandad, ni haber atravesado los mares, ni el destierro, amargo por demas para alma tan sensible, ni el perdon de las ofensas pudieron revocar los decretos del Altísimo que lo llevaban á morir, léjos de su pais, en tierra de Francia! ¡Felices los que recojieron allá sus últimas palabras, i lo acompañaron piadosos, i lo consolaron en su agonía! ¡felices los que echaron sobre sus ojos apagados, un puñado de polvo cojido en las playas del extranjero! ¡felices los que rodeaban su lecho, en aquella hora suprema, en que la carne flaca rendia el último aliento, i el espíritu salia vencedor á cojer la palma del triunfo que le traían volando los ánjeles de Dios. Pero, ah! desgraciados, mil i mil veces desgraciados los que le hemos perdido! ¡Y en qué circunstancias! Cuando el descontento i la inquietud se pintan en todos los semblantes i se

desconfía de todos los partidos, de todos los hombres i de todas sus promesas; i se oye por doquiera un sordo rumor que se levanta, cual nuncio de públicas calamidades; i se estremece la sagrada tierra de Colombia bajo nuestras plantas, i se cubre de tinieblas el horizonte; porque la anarquía ha venido ya á esta República, precedida de tantas ideas desorganizadoras como fermentan en el cerebro de los unos, á punto que los otros, cansados de luchar con las aguas embravecidas, sueltan el remo i se entregan á merced de la corriente.

Bogotá, 31 de marzo de 1854.

Juan Francisco Ortiz.



Esta edicion no se vende: se reparte a los amigos del autor.